

# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II  
NUM 91

40 Cents.

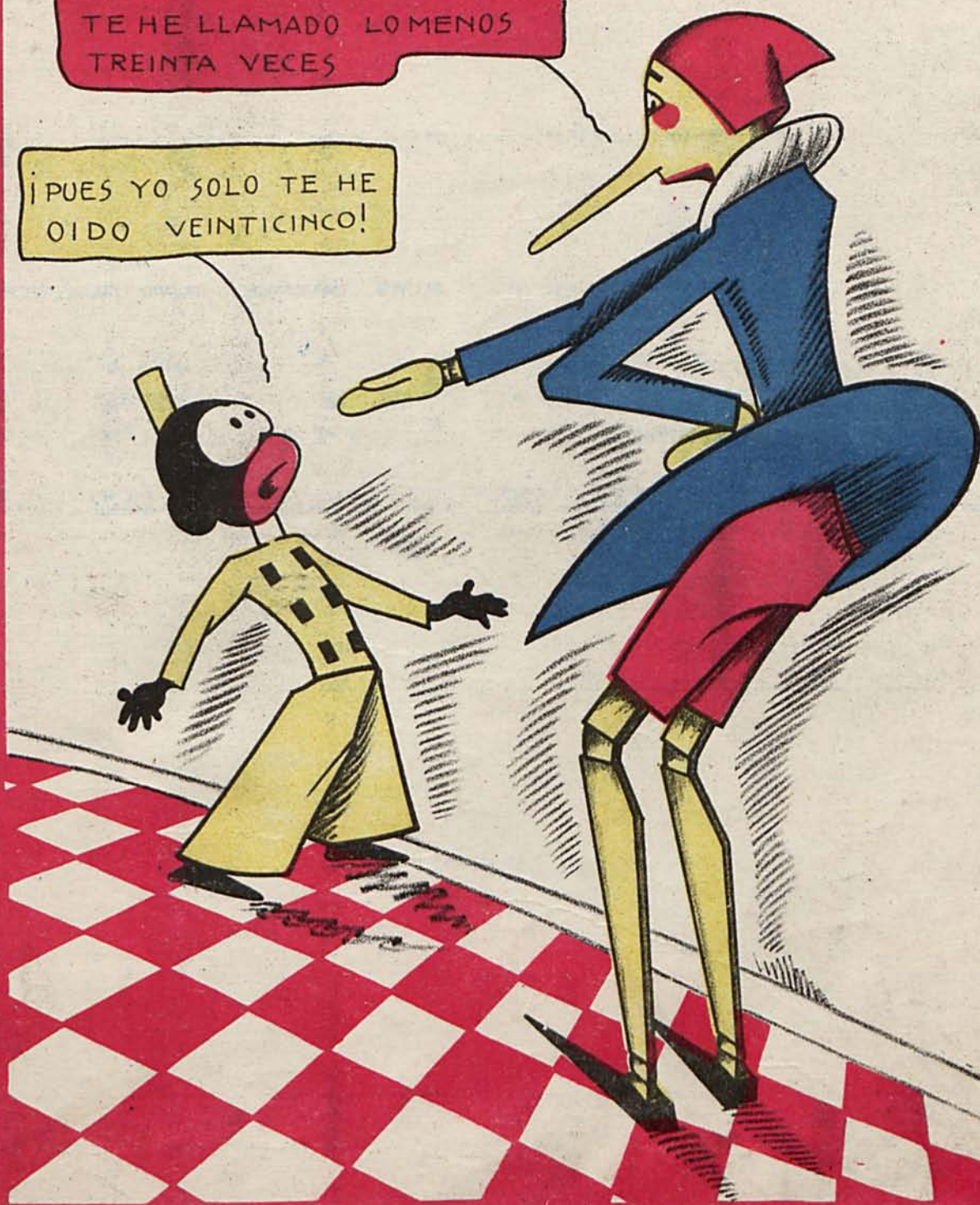
14 NOVIEMBRE  
1926



BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

¡YA ES HORA DE QUE VENGAS!  
TE HE LLAMADO LO MENOS  
TREINTA VECES

¡PUES YO SOLO TE HE  
OIDO VEINTICINCO!





# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA. AÑO 20 PESETAS. SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAÍSES AÑO 30 PESETAS.



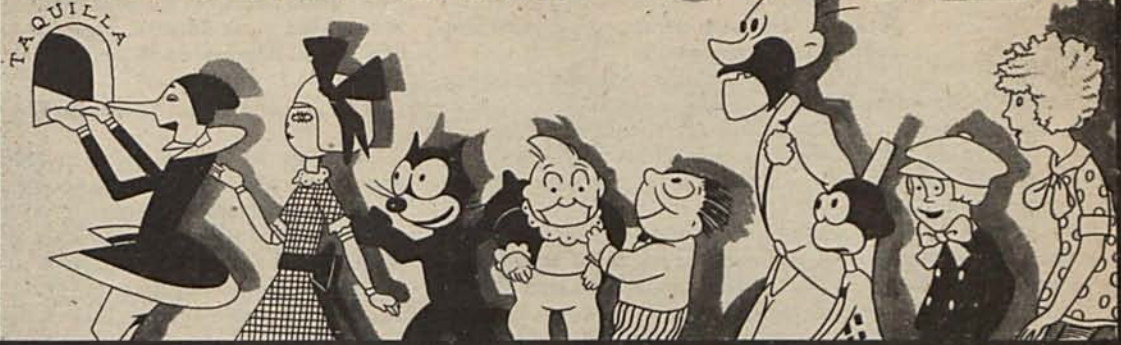
## El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton





**PROGRAMA  
PARA HOY**  
**BENGULA  
EL  
OSADO**  
*Sensacional*

# GRAN CINE



## El espía.

«El destróyer de S. M. Británica, *Huracán*, tomará inmediatamente rumbo a Galos. El Gobernador de este puerto anuncia sublevación entre los indígenas.»

Tal fué el mensaje que Colin Wood, capitán del *Huracán*, recibió una calurosa noche en ocasión en que el pequeño barco de guerra navegaba a unas cincuenta millas de la costa Oeste de Africa. Inmediatamente después de recibir el mensaje, ya había cambiado su rumbo para ir en dirección al pueblecillo de Galos. Y a tanta velocidad navegaba el buque, que a los ochenta minutos anclaba en las plácidas aguas de su bahía.

Fué Colin Wood a tierra acompañado de media docena de marineros y se dirigió a la magnífica residencia de Sir Weatherby, Gobernador de aquel distrito. Recibió el Gobernador a Colin Wood en la biblioteca, sala espaciosa situada en el primer piso de la casa. Uno de los balcones de la biblioteca salía a una ancha terraza que daba sobre los jardines de la parte de atrás de la finca, iluminados entonces por la luz de la luna.

Después de presentarse a sí mismo, Colin explicó al Gobernador que venía a Galos obedeciendo una orden que acababa de recibir del Almirante.

—Es una gran satisfacción para mí, capitán Wood, saber que hay un barco de guerra inglés en la bahía —afirmó el Gobernador—. Espero, sin embargo, que no nos veamos obligados a tomar medidas demasiado enérgicas.

—¿Y cuál es la causa de la sublevación? —preguntó Colin.

—Es una sublevación que se espera en una de las tribus de indígenas. Esos pobres negros están dominados por un jefe salvaje e incendiario que ha levantado a su pueblo contra nosotros, y cuya intención me figuro que es atacar a Galos para saquearlo.

—¿Y cómo ha llegado esto a conocimiento de usted? —interrogó Colin.

—La noticia fué traída por un indígena de otra tribu que había visto al jefe Bengula y a sus guerreros preparándose para el levantamiento.

—¿Y cree usted que la sedición podrá ser sofocada sin comprometernos en una guerra, siquiera sea en miniatura? —preguntó Colin.

—Ese es mi más vivo deseo. Yo no dudo que ahora que está usted aquí, sus cañones puedan dar buena cuenta de estos indígenas, pero con eso ocasionaríamos la pérdida de unas cuantas vidas.

—Sí; realmente esas medidas sólo deben tomarse como último recurso —convino Colin—. ¿Pero qué probabilidades tenemos de reprimir la sublevación antes de iniciarla?

El Gobernador fué hasta el otro extremo de la sala y señaló a un mapa que pendía de la pared.

—Aquí está Galos —dijo—; algunas millas más al norte puede usted ver la gran península que se extiende hacia el centro del mapa como una nariz larga. En esta península es donde habita la tribu de Bengula, que, según sus planes, marcharán tierra adentro, se dirigirán hacia el Sur atravesan-

do la selva enorme y frondosa que vemos aquí y se precipitarán sobre Galos por el Noroeste. Ahora bien —añadió—: si ese movimiento tuviera lugar esta noche o mañana, entonces sería necesario que ustedes defendiesen el pueblo; pero si el ataque lo aplazaran para dentro de dos o tres días, entonces ya no podrían llevarlo a cabo.

—¿Cómo es eso? —preguntó Colin sorprendido.

Sir Weatherby dejó el dedo puesto en el sitio donde la península se unía al continente.

—¿Ve usted esta barrera de colinas rocosas que atraviesa el extremo este de la península formando una verdadera cadena? Pues en el plazo de tres días llegará a ella un batallón de soldados británicos, y al tomar posiciones en esas colinas impedirán a los indígenas salir de la península, pues los soldados fácilmente capturarán al jefe, terminándose así la sublevación. Al mismo tiempo, el buque de usted puede impedir que se lleve a cabo ningún ataque desde el mar.

—Ya comprendo —exclamó Colin—. Así pues, depende mucho del día que tenga lugar el premeditado ataque.

Mientras hablaba, Colin Wood se volvió a mirar al balcón; en la terraza, a la izquierda, vió una sombra, pero rápidamente se desvaneció, y Sir Weatherby quedóse muy sorprendido al ver que Colin cruzaba a grandes zancadas la biblioteca y se precipitaba a la azotea; pero el capitán sólo pudo ver una figura de piel oscura descollarse por uno de los pilares que sostenían la azotea y huir corriendo.

Sin perder un segundo saltó él también por la barandilla, desde la cual se tiró al suelo, yendo a caer precisamente encima

del espía, al cual derribó con su peso, ventaja que aprovechó Colin para cogerle.

—¡Le he cogido, Sir Weatherby! ¡Es un espía!

El Gobernador salió corriendo de la biblioteca, bajó las escaleras y llegó al jardín acompañado de seis criados indígenas, todos ellos armados. Con tan formidable guardia a la vista, Colin soltó al prisionero y el negro se puso en pie. Tenía la cara pintarrajeada del modo que emplean los indígenas para disfrazarse, y Colin Wood, que sabía esto, arrancó un puñado de hierba húmeda y le restregó la cara con ella.

—¡Ah...! ¡Esta ya es una buena cap ura! —exclamó el Gobernador—. Este mozo es algo más que un espía, capitán Wood, porque es el propio Bengula. Hemos apaciguado la sublevación mucho más fácilmente de lo que yo esperaba.

## La fuga.

—Hay que poner a buen recaudo a este bribón —sugirió el capitán—. Yo tengo seis hombres esperando mis órdenes en la playa y pueden escoltarlo hasta la cárcel del pueblo.

—No hace falta —respondió el Gobernador—. Tenemos aquí un sitio bien seguro para encerrarlo, detrás de esa arboleda, a unos cien metros de distancia de aquí.

Y el Gobernador dió instrucciones a los guardias indígenas para escoltar a Bengula al encierro, ordenándoles que después que estuviera dentro, se quedaran ellos fuera vigilando el edificio para que no pudiera escapar; y dijoles severamente:







—Hareis tal como yo os digo, y si este hombre llegara a escapar, pagaríais muy caras las consecuencias.

—De todos modos —añadió Colin por lo bajo al Gobernador— creo que sería prudente que nosotros los acompañáramos también, porque siempre hay peligro de que el jefe pueda tener cómplices escondidos por aquí cerca.

Y Colin Wood y Sir Weatherby echaron a andar detrás del prisionero.

—Hemos sido muy afortunados en hacer esta captura —afirmó el Gobernador—, y le estoy sumamente agradecido a usted, Mr. Wood, por su actividad para apoderarse de este rebelde, pues si hubiera llegado a escaparse después de la noticia que acababa de oír, habría adelantado el ataque para antes de que llegasen los soldados.

La partida atravesó el bosque camino de la pequeña cárcel, y cuando sólo estaban a unos veinte metros de ella, Bengula lanzó un grito, echó a correr, y cinco de los indígenas que le escoltaban, en lugar de hacer algo por impedir la huida, se unieron a él en su carrera. Precipitose sobre ellos Colin Wood; pero, no bien hubo dado seis pasos, uno de los fugitivos se volvió y disparó, haciendo blanco sobre el capitán. Colin cayó boca abajo, pues la bala le había dado en la cabeza, y en tanto Bengula y el guardián traidor huyeron por entre los árboles, en dirección a la parte montañosa del Norte de Galos.

No tardó Colin Wood en recobrar el conocimiento y ponerse en pie; la bala le había hecho perder el sentido, pero sin causarle herida de importancia.

—¡Los muy perros! —rugió el Gobernador—. ¿Quién sospechara que mis hombres estuviesen vendidos a ese jefe ladrón? ¡Y yo que hubiera confiado mi vida en sus manos!

—Yo no sabía nada, excelencia... —protestó el único guardia que parecía fiel—; nunca había oído ni una sola palabra que me hiciera sospechar de mis compañeros.

—¡Pues son unos traidores, y por el momento nos han derrotado! —exclamó Colin, que se iba reponiendo rápidamente del tiro—. Sir Weatherby, yo he de tratar por todos los medios de cazar a esos hombres, y quisiera que mandara usted aviso a la playa, donde están mis marineros, para decirles que se unan conmigo en la caza; le agradeceré también que hagan señales al barco para que envíen otros doce hombres a tierra y para que mantengan una estrecha vigilancia desde el mar.

Y habiendo dado estas órdenes, Colin Wood marchó en busca de los traidores por el único camino practicable que había a través del bosque. Por este camino fué a salir a una extensión de terreno lleno de riscos cubiertos por matas y arbustos. La luna se ocultaba en aquel momento detrás de unas espesas nubes, y la obscuridad se hizo intensísima. Además de esto, la forma de la costa por aquel sitio ocultaba por completo al *Huracán*, que se hallaba anclado en la bahía. No había nada en aquel terreno agreste que indicase la presencia de los fugitivos, pues los arbustos ofrecían muchos escondrijos, así como también la espesa selva que se extendía hacia el Este. Llegó Colin hasta el borde del acantilado, y entonces volvió la luna a asomar por detrás de las nubes.

Con objeto de no ser visto, el capitán se echó entre el alto césped, que crecía al mismo borde del acantilado; pero por más que atisbó en todas direcciones, no consiguió ver ningún objeto que se moviera, y únicamente oyó allá abajo, en la playa, un chillido como si fuera de un pájaro marino. Inclínose sobre el borde de la escarpada colina y vió junto al agua un negro de pie al lado de una piragua y mirando hacia arriba como si viera venir a alguien en aquella dirección.

¿Quién sería el solitario vigilante? No cabía duda que era alguno de la tribu de Bengula que estaba esperando a su jefe para conducirlo a la península por mar, y de este modo la ruta era mucho más corta y menos peligrosa que a través de la selva.

Al grito de aquel hombre salieron seis negros de entre la obscuridad de la floresta. Eran los fugitivos, que allí aguardaban que el hombre de la piragua les diera la señal.

### Colin se mantiene firme.

Otra vez la luna se había vuelto a ocultar, circunstancia que ayudó a Colin a prepararse para impedir que Bengula volviera a su pueblo a preparar el ataque sobre Galos. Así, pues, amparado en la obscuridad, quitose las botas, se descolgó por el acantilado y empezó el descenso. Un descenso por cierto bien peligroso, pues tenía que ir buscando el camino a tientas sobre la superficie desigual del acantilado, aprovechándose de todos los salientes y hendeduras para apoyar los pies y las manos.

Apenas habría descendido una distancia de diez o doce metros, cuando, al mirar para arriba, vió un bulto negro que se movía por encima de su cabeza. ¡Era Bengula, que se descolgaba cogido al extremo de una cuerda!

De este modo el jefe indígena hacía un rápido descenso, y Colin debía impedir esto a todo trance para que su plan tuviera éxito, y soltando las manos, con las que se agarraba a los salientes del terreno,

dió un salto hacia un lado y quedó cogido a la cintura de Bengula. Osciló la cuerda, debido al exceso de peso, y la reaparición de la luna les hizo ver a los hombres que estaban arriba el peligro que corría su jefe; pero la necesidad de hacer uso de las dos manos para sostener la cuerda impidió que ninguno de ellos recurriesen a las armas que llevaban. Bengula, sin embargo, sujetose a la cuerda con una mano sola y con la otra empezó a golpear la cabeza de Colin, haciendo toda clase de esfuerzos para que éste se soltara. Y lo hubiera conseguido a no ser que, cuando los dos

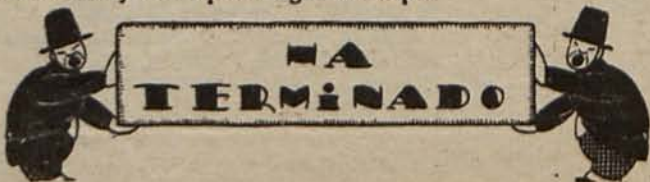
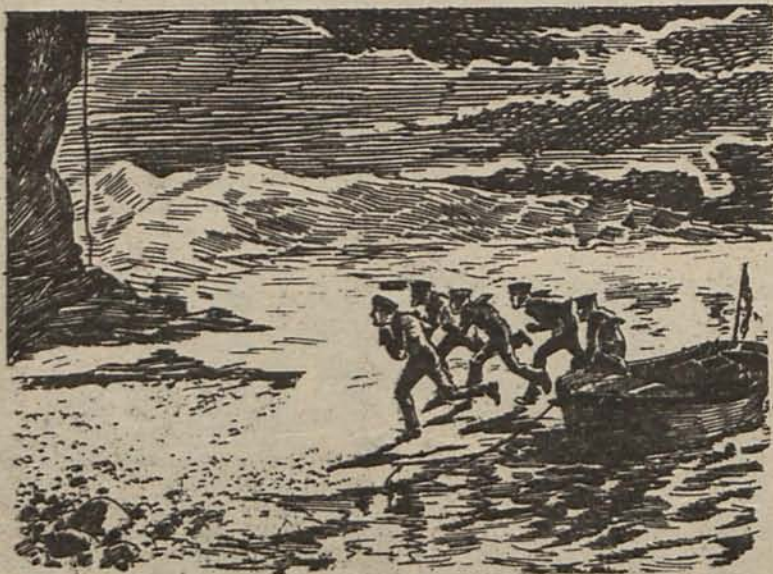
estaban ya a siete metros del suelo, la cuerda, rozando contra el borde del acantilado, se rompió y ambos cayeron rodando y apretados en un fiero abrazo.

El negro que los esperaba en la piragua fué corriendo hacia ellos en ayuda de su jefe; pero Colin se puso en pie, cogió en brazos a Bengula y se lo arrojó al otro negro; éste, por efecto del golpe, fué a estrellarse contra unas rocas en el momento en que las nubes oscurecían de nuevo la luna.

Aunque el hombre de la piragua había quedado fuera de combate, Bengula, a quien aún quedaban fuerzas para pelear, se arrojó salvajemente sobre Colin, y de nuevo los dos hombres se empeñaron en una fiera pelea, sacando cada uno de ellos toda su fuerza y destreza. En tanto, los hombres que estaban arriba descendían la colina valiéndose de otra cuerda. Al verlos, Colin Wood hizo el último esfuerzo, y de dos puñetazos hizo caer de bruces al jefe. Con las fuerzas exhaustas y flaqueando ya, se enjugó el sudor de la frente para encararse con los otros indígenas, que ya estaban en la playa. Y cuando ya se creyó perdido por la superioridad del número, llegó un bote, del cual desembarcaron cinco robustos marineros dando voces y gritos. ¡Era el bote motor del *Huracán*!

Estos se encargaron de poner fin a la pelea capturando a Bengula y sus espías, quedando así conjurado el peligro que amenazaba al pueblo de Galos.

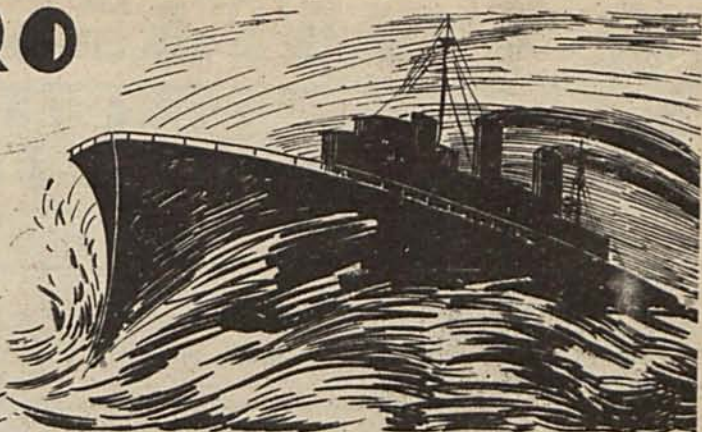
—¡Ha sido una feliz idea el que usted ordenara explorar el mar, mi capitán —observó el guardia marina Spring después que la labor de los del *Huracán* estuvo terminada—. ¡El último rayo de luna nos dejó ver toda la escena cuando doblábamos el cabo, y tuvimos que sacar todo el partido posible de este viejo bote para llegar a tiempo!





# EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



(Continuación.)

Este razonamiento contristó a Alberto y le hizo considerar otro aspecto de su desventura.

—No, soy inocente; os lo juro —repuso con fuerza—. Si conocierais mi historia...

—¿Y por qué no me la contáis? —dijo el cínico Mop—. A mí me gustan las historias, siempre enseñan algo. Se llega a ser menos estúpido... con la experiencia de los demás.

Esta profunda observación no bastó a serenar la faz de Alberto.

Refirió minuciosamente su vida sin omitir nada, pues sentía cierto alivio con aquel desahogo, que venía a ser un examen de conciencia, y al terminar miró a su compañero, que había escuchado su narración sin interrumpirle.

Un singular aire de gravedad se había difundido por el rostro del ladrón.

—¿Afirmáis —dijo— que fueron encontrados los cincuenta mil francos escondidos en unos cuadros?

—Sí.

—¿Y no pasásteis en vuestra casa la noche del 28 al 29 de julio?

—Os lo juro.

—¿Dónde la pasásteis entonces?

—No puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Es un secreto político que no me pertenece.

—En ese caso, guardadlo. Soy un ladrón; pero opino que un secreto es una cosa sagrada. Decidme, en cambio..., ¿dónde vivíais?

—En Sailor's-Street.

—¡Ah, ah...! ¿En qué número?

—Veintidós.

—¿Una casa con patio que es común a otra?

—Precisamente.

—¿Estaba vuestro cuarto en el segundo piso?

—Sí, sí.

—¿La habitación en que estaban los cuadros y las cincuenta mil pesetas tiene una ventana que da al patio?

—Dios mío..., ¿cómo lo sabéis?

—Decidme, ¿es así?

—Sí, así es. Pero ¿cómo lo sabéis? —prorrumpió Alberto levantándose y sacudiendo a su compañero con frenesí—. Sabéis algo..., debéis hablar, explicarme el por qué de todas estas preguntas.

Mop le calmó con un gesto.

—En efecto —dijo—, por una circunstancia bien curiosa estoy en condiciones de poder proporcionaros algunas aclaraciones que pueden seros útiles.

En aquel momento la puerta de la prisión se abrió y el vigilante entró diciendo:

—Es la hora del paseo. ¡Andando!

Los dos reclusos echaron a andar: Mop, con indiferencia; Alberto, con mala gana. Hubiera deseado quedarse aún para preguntar a su compañero y conocer la circunstancia que se relacionaba con su desgracia. Siguió, sin embargo, al ladrón y al vigilante y bajó con ellos al patio del establecimiento penal.

Muchos condenados se encontraban allí ya, y hacían objeto de sus observaciones a un caballero que acompañaba al director.

Alberto, a la vista del forastero, se estremeció vivamente. Era un viejo de sesenta años, de aspecto muy distinguido y de afables modales.

—¡El presidente! —murmuró el desgraciado joven fijando en él la mirada.

El viejo correspondió pronto con una mirada de inteligencia, una ojeada rápida, casi imperativa; después continuó conversando con el director, acompañando sus palabras de gestos lentos y estudiados, con las manos y con la cabeza.

Alberto, que no perdía uno, hacía enormes esfuerzos para ocultar el relámpago de júbilo que aquellos signos misteriosos le encendían en las pupilas, y paseaba arriba y abajo para esconder la agitación que le acometía.

Finalmente, los prisioneros fueron de nuevo conducidos a sus celdas y el incógnito visitante se marchó.

Alberto Wendover y el ladrón Mop se encontraron otra vez solos.

—¿Estáis contento, querido amigo? —dijo el tunante, observando con aire malicioso al compañero—. El paseo os ha sentado bien.

—Es verdad; me he repuesto un poco.

—Ya comprendo. Sobre todo os ha renovado el haber visto a cierto viejo...

Alberto no tuvo tiempo de reprimir un gesto.

—¿Qué viejo? —preguntó.

—¡Diablol, el que hablaba con el director.

—No os comprendo.

—Vamos, ¿por quién me tomáis?... No conocéis a Mop, querido, al astuto Mop, al zorro Mop, al ladrón más sagaz que honra con su presencia las prisiones de la vieja Inglaterra.

Alberto estaba confuso.

—Señor Wendover —prosiguió el bribón—, ¿creéis natural que yo no me haya dado cuenta de la atención con que seguís las gesticulaciones de aquel viejo? Conozco demasiado ciertas malicias para dejarme engañar. ¿Qué significaban aquellos signos convencionales? Os advierto que obtendréis de mí las noticias prometidas sobre vuestro negocio cuando hayáis respondido de un modo claro, preciso y satisfactorio a mis preguntas.

Mop calló y se puso a silbar, tocando el tambor con los dedos.

Alberto permaneció algunos momentos pensativo. De pronto se acercó resueltamente al ladrón y le dijo:

—¿Puedo fiarme de vos?

—Completamente.

—Cuidado, Mop; lo que voy a confiaros, en caso de traición, sería mi ruina, yo, que no os he hecho ningún mal, y os costaría la vida porque mis amigos sabrían encontraros dondequiera que fuese.

—Estad tranquilo. Si hubiese querido traicionaros hubiera callado, os habría espiado y luego lo hubiera referido al director. Pero tengo interés en ser vuestro aliado, porque me ayudaré a huir con vos. ¿Estáis convencido?

Alberto Wendover se mordió el labio.

El cálculo que él había hecho con el ladrón era lo que hacía ahora el ladrón con él; se habían invertido los términos.

—Tenéis razón; me fio —respondió, por consiguiente, bajando la voz lo más posible—. Escuchadme, pues.

Como os he dicho, una de las pruebas contra mí en el proceso era no haber sabido o no haber querido explicar cómo y dónde había pasado la noche del 28 al 29 de julio.

Los jueces arguyeron a esto que la había pasado en alguna casa de juego clandestina, perdiendo los cincuenta mil francos no aparecidos.

Se engañaban.

Había pasado la noche en una reunión del Club de los fenianos, del cual soy secretario, y presidente el anciano que habéis visto. ¿Sabéis quiénes son los fenianos?

—¿No llaman así a los irlandeses que en 1863 se constituyeron en sociedad en América para provocar una revolución en toda Irlanda, separar esta isla de la vieja Inglaterra e instituir el régimen republicano?

—Precisamente. El gobierno inglés sofocó con facilidad la insurrección, pero no acertó a extirpar por completo las raíces que había echado en el corazón de los irlandeses la idea de la independencia, y los fenianos, aunque en pequeño número, existen aún y forman una asociación que está repartida por Inglaterra y América del Norte en numerosos Clubs.

Mi padre era irlandés y feniano. Antes de morir me hizo jurar que seguiría su causa, y mantengo mi jaramento.

(Continuará en el número próximo.)





# CHAUDAR EL PESCADOR

## CUENTO DE

### LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

La pobre mujer pensó que se estaba riendo de ella y haciéndole burla, y le dijo:

—¡Yu, yu! ¿Qué te pasa, hijo mío? ¿Estás durmiendo o te has vuelto loco?

—¿De dónde te sacas que me he vuelto loco?

—Porque me has citado muchos platos, todos ellos caros; ¿quién podrá comprarlos y quién los sabrá guisar?

—Por mi vida —exclamó Chaudar—, necesariamente has de comer en seguida todas las cosas que he mencionado.

—Pues no veo ninguna —insistía ella.

—Acércame las alforjas —dijo Chaudar.

Las trajo, las tocó y vió que estaban vacías, y se las entregó. Metió él la mano y fué sacando platos, uno tras otro, hasta completar los que había citado.

—Hijo mío, —le dijo la madre—, las alforjas son pequeñas y estaban vacías; ¿cómo has podido sacar de ellas todo esto? ¿Dónde estaban estos platos?

—Has de saber, madre mía, que estas alforjas me las ha dado el magrebí y que están encantadas, a su servicio tienen un genio, y si el hombre le dice: «Oh genio de estas alforjas, por la virtud que tienen sobre ti los cien hombres divinos, tráeme tal plato,» lo trae.

—Y si yo metiera la mano y le pidiera... —dijo la madre con curiosidad.

—Hazlo.

E introdujo la mano en las alforjas y le dijo: «Por la virtud que tienen sobre ti los cien hombres divinos, genio de estas alforjas, tráeme un calabacín relleno.» Y al momento notó un plato en ellas, lo sacó, y en él había un exquisito calabacín relleno. Después pidió pan y todas las demás cosas que se le ocurrieron. Chaudar le advirtió:

—Madre, cuando hayas terminado de comer pon las sobras de la comida en otros platos y éstos vuélvelos a meter en la alforja, porque el encantamiento lo requiere así. Y guarda la alforja.

Quitóla y él prosiguió:

—Guárdame el secreto y que jamás salga de ti. Todo cuanto necesites sácalo de la alforja; haz limosnas, da de comer a mis hermanos, lo mismo si yo estoy presente que si estoy ausente.

Y se pusieron a comer. En seguida se presentaron sus hermanos. Habían sabido la llegada de Chaudar por un hombre del barrio que les había dicho: «Vuestro hermano ha venido, montado en una mula, con un esclavo delante y vestido con un traje de riqueza sin igual.» Ellos entonces se dijeron el uno al otro: «Si no hubiéramos afligido a nuestra madre... Sin duda ella le contará lo que hemos hecho y nos indispondrá con él.» Pero el otro dijo: «Nuestra madre es tierna de corazón, y aunque se lo haya contado, Chaudar es todavía más blando para nosotros; si vamos y le damos nuestras excusas, es seguro que nos cogerá bien.» Por eso se habían presentado en la casa de su madre.

Al verlos, Chaudar se levantó rápidamente, los saludó cariñoso y los invitó a sentarse y a comer. Así lo hicieron ellos, que estaban debilitados por el hambre, hasta que se hartaron.

—Coged, hermanos, las sobras de la comida —les dijo Chaudar— y dádselas a los pobres y mendigos.

—Las guardaremos —le replicaron ellos— para cenar.

—Cuando llegue la hora de cenar —insistió Chaudar— yo os traeré otra comida más abundante aún que ésta.

Y cogieron los restos de la comida, y a todo mendigo que pasaba le decían: «Toma y come», hasta que no les quedó nada por dar. Y devolvieron los platos a su madre, que los metió en las alforjas. A la hora de la cena entró Chaudar en el cuarto de abajo y preparó una comida con cuarenta platos diversos. Subió a la habitación donde estaban sus hermanos, sentóse en su compañía y al cabo de un rato dijo a su madre que trajera la cena. Fué la madre, puso en el mantel los cuarenta platos y cenaron. Lo mismo que en la comida, Chaudar les mandó repartir las sobras a los pobres. Y aun dió luego a su familia unos dulces, encargándoles les dieran de los sobrantes a los vecinos.

Otro tanto sucedió durante diez días. Al cabo de los cuales, Sólím dijo a Sálím:

—¿Cómo se arregla nuestro hermano para darnos de comer espléndidamente por la mañana, a medio día, por la tarde y por la noche, con tanta abundancia que podemos repartir a los pobres? Lo que hace es propio de sultanes. ¿De dónde le viene a él tanta felicidad? Nosotros nunca lo

vemos comprar nada, jamás enciende el fuego, no tiene cocina ni cocinero...

—Por Dios —contestó el otro hermano— que no sé cómo puede ser esto; pero ¿acaso conoces a alguien que pueda informarnos de la verdad?

—Sólo nuestra madre nos lo puede decir.

Urdieron los dos una trama y se fueron a buscar a su madre, diciéndole:

—Tenemos hambre.

—No importa —contestó ella, y se marchó al cuarto bajo, pidió al genio de la alforja y le trajo comida caliente.

—Madre —le dijeron—, esta comida está aún caliente y tú ni has guisado ni has soplado el fuego.

—Esta comida es de las alforjas —dijo ella.

—¿Qué alforjas son esas?

Y ella no pudo guardar el secreto y les contó que las alforjas estaban encantadas.

—Pero guardar el secreto —les pidió encarnecidamente.

—El secreto queda en nuestro pecho —les respondieron— pero enséñanos cómo se hace todo esto.

Les enseñó y ellos mismos metieron la mano y sacaron las cosas que habían pedido. Chaudar ni siquiera sospechaba que sus hermanos pudieran conocer el secreto de las alforjas. Una vez que supieron todo aquello, Sálím dijo a Sólím:

—¿Hasta cuándo, hermano, nosotros hemos de estar en casa de Chaudar como si fuéramos sus esclavos, y hemos de comer lo que él nos dé de limosna? ¿Por qué no inventamos una treta para apoderarnos de las alforjas y disfrutar nosotros de sus beneficios?

—¿Qué estragemas inventaremos? —preguntó el otro.

—Venderemos a nuestro hermano al arraez del mar de Suez —contestó con aplomo.

—¿Y cómo nos arreglaremos para venderlo?

—Iremos tú y yo a ver a este arraez y lo invitaremos a cenar en unión de dos hombres de su confianza; tú certificarás todo lo que yo voy a decir a Chaudar, y a media noche ya verás lo que hago.

Puestos de acuerdo para la venta de su hermano, se dirigieron a la casa del arraez del mar Suez, entraron y le dijeron:

—¡Oh, arraez!, venimos a hablarte de un asunto que te conviene.

—Bien, —les contestó—, hablad.

—Nosotros somos hermanos y tenemos otro que es un calavera, incapaz de nada bueno; nuestro padre murió y nos dejó una gran suma de dinero; lo partimos y él tomó la parte de herencia que le tocaba, gastándosela en vicios y excesos de toda clase. Una vez que estuvo en la miseria intentó dominarnos, y llegó a acusarnos ante el tribunal de las injusticias, diciéndonos: «Vosotros os habéis quedado con mi fortuna y con la de mi padre.» Hubimos de ir ante los jueces, y gastamos nuestra hacienda. Se apaciguó un poco tiempo, y otra vez volvió a llevarnos al tribunal, hasta que caímos en la miseria y él dejó de oprimirnos. Nosotros estamos cansados de él y deseamos que tú nos lo compres.

—¿Podéis engañarlo y traerlo aquí? —preguntó el capitán—. Yo en seguida lo enviaré al mar.

—Nosotros no podríamos —le contestaron—; pero tú serás esta noche nuestro huésped; vente con dos hombres nada más; cuando él se duerma, nosotros cinco lo cogemos, le pondremos una mordaza en la boca y tú te lo llevarás aprovechando la obscuridad de la noche y harás de él lo que te plazca.

—Está bien —dijo el arraez—. ¿Me lo vendéis por cuarenta dinares?

—Sí —le respondieron—, y después de la oración de la tarde, vete a tal barrio, donde uno de nosotros os estará esperando.

—Id tranquilos —terminó diciendo el arraez.

Los dos hermanos se volvieron a su casa y esperaron la llegada de Chaudar. Apenas entró, Sálím le besó la mano y Chaudar le preguntó:

—¿Qué te pasa, hermano?

—Has de saber —dijo Sálím— que tengo un amigo que me ha invitado a comer en su casa muchas veces durante tu ausencia; yo le estoy obligado por mil atenciones que ha

(Continuará en el número próximo.)



# LO QUE VALE EL INGENIO

## CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Si algún caminante hubiese pasado por aquella playa apartada, se habría detenido a descansar bajo la sombra de un árbol altísimo que extendía profusamente sus ramas a la orilla del mar. Rojos y apretados frutos adornaban su follaje, y flores blanquísimas se abrían sobre la copa como vellones de nieve.

Pero tanta belleza no había sido nunca contemplada por ojos humanos, pues la playa aquella estaba tan alejada, que nadie cruzaba por allí.

Mas no por esto dejaba el árbol de tener adoradores. Un monillo gracioso, que llevaba por ojos dos chispillas de luz, gustaba de venir a columpiarse en las ramas, y saboreaba con inmenso placer aquellas frutas dulces y frescas, que apagaban la sed y alimentaban exquisitamente. Y además del monillo, un tiburón corpulento pasaba largas horas contemplando los frutos y las flores que adornaban el follaje.

A fuerza de verse día tras día, el mono y el tiburón habían llegado a ser grandes amigos. Su charla se alargaba en ocasiones toda una tarde entera.

—¿A qué saben esos frutos rojos? —preguntó una vez el tiburón, mientras veía al monillo que se entretenía en mondarlos y comerlos con visible regocijo.

—Saben a gloria —dijo éste—. Y para que te hagas perfecto cargo, voy a arrojarte algunos. Abre la boca, y veré si tengo buena puntería.

El tiburón abrió cuanto pudo sus fauces, y el mono comenzó a dispararle frutas, sólo que, con tan mala puntería, que al primer disparo, el tiburón perdió un colmillo; al segundo, tres; al cuarto, ocho, y al sexto la dentadura entera. Porque habéis de saber que los frutos tenían una corteza durísima.

—¡Cuánto siento causarte tan graves males! —dijo el mono.

—No te preocupes por esto —exclamó el tiburón—. Ya sé que eres buen amigo mío, y que esto se debe tan solo a la casualidad o la mala suerte que tengo algunas veces. No te acuerdes más de ello.

—Haces bien en pensar así. Porque bien sabes lo mucho que te estimo.

—Sí, sí —repitió el tiburón—. No hay que hablar de lo que está bien entendido por los dos. Sólo debemos comentar el sabor delicioso de estas frutas. Jamás pensé que fueran tan sabrosas. Yo recuerdo haber probado una cosa que tenía con esto cierta semejanza. Hace ya mucho tiempo que pasó. Iba yo siguiendo la estela de un gran buque, y alguien, desde la popa, arrojó hacia el mar unas frutas parecidas.

—¡Cuánto habrás viajado! —dijole el mono, mirando con ojos pensativos la azul extensión del mar—. ¡Y cuántos buques y barcas habrás visto de cerca!

—Tantos he visto, que tengo la cuenta perdida —repuso el tiburón—. Ciertamente que encierra mucho interés la vida del mar; pero también la tiene, y grande, la vida que se lleva en la tierra. Y el océano y el valle, no son tan distintos; los dos son planos; con hermoso horizonte; y si hay algas en el mar, en el valle hay rosales; y si está bordado el mar con espumas blancas, el valle se salpica también con margaritas de nieve. Te digo, querido amigo Mono, que me gusta tanto la tierra como el mar. Porque has de saber que yo tengo mi casa en tierra.

—¿Tú? —dijo el mono asombrado—. ¿Tú tienes tu casa en tierra? Pero ¿dónde?

—Allí —respondió el tiburón, señalando a lo lejos—. Allí tengo mi casa, y allí están mi mujer y mis hijos. Cuando quieras te llevaré a dar un paseo.

—Estoy asombrado de saber todo eso —repuso el mono—. Yo te creí completamente solo, y nunca imaginé que pudieras estar ni un minuto fuera del agua.

—Pues ya ves que te engañabas del todo. Sobre la otra orilla,

que es muy hermosa, está la ciudad de Baltrac, y el sultán que la gobierna es un hombre muy probo, a quien adoran sus súbditos, yo entre ellos. Allí, como te digo, en una hermosa calle, están mi casa y mi familia; y te repito que a la hora que quieras, puedo llevarte para que nos visites. Será para nosotros un gran gusto recibirte.

—Mira —le dijo el mono—, eso sería muy difícil, porque no sé nadar, y además, ¡le tengo un horror al agua!... Pero tú si puedes venir a vernos a nosotros. Yo vivo en esa montaña que se ve desde aquí; allí está mi casa, y en ella tengo también, como tú, a mi mujer y a mis hijos. Decidete y vayamos ahora mismo.

El tiburón, entusiasmado, saltó alegremente a la orilla y los dos amigos emprendieron juntos el camino.

Mucho fué lo que agradó al tiburón cuanto veía. Todo merecía un elogio entusiástico. Y al llegar a la casa, el regocijo no tuvo límites; hubo en el lugar una verdadera fiesta con aquella visita extraordinaria.

—Pero dínos quién es ese señor —preguntaba al mono la esposa y los monillos—. ¿De dónde viene? ¿Es de algún país lejano? Dínoslo todo.

—Soy del mar —respondió el tiburón con gran cortesía y sonriendo amablemente.

—¿Y su nombre? —preguntaban todos—. Su nombre ¿cuál es? Habrá que saberlo.

—Me llamo Tiburón.

Se dió a Tiburón el mejor sitio; se le sirvieron nueces y castañas; pero él prefirió las naranjas y las pomos de color de oro. Se le agasajó, en fin, y los monillos no se cansaban de pasarle las manos por encima en señal de miramiento y de cariño.

Luego, la mesa fué levantada y todos entraron de lleno en la conversación. ¡Qué de cosas se dijeron allí! Se habló de economía doméstica, de la educación de la familia, de religión, de pedagogía y hasta de arte.

Los monillos recitaron versos, bailaron extrañas danzas, enlazados por la cola e imitaron los gritos de las urracas, lucharon para medir sus fuerzas ante aquel perito extraordinario,

que no podía sentarse a satisfacción en su escabel de piedra, porque se resbalaba de continuo; se disfrazaron con grandes hojas de colores y acabaron por ponerse a horcajadas en el cuello del tiburón, haciéndole sentir los primeros síntomas de la asfixia.

—¡Quietos ya, chiquillos! —gritó el mono padre cuando ya juzgó conveniente su intervención—. No molesteis a mi amigo, para que tenga deseos de volver. Hoy que dejarle un buen recuerdo de esta visita.

—No sé con qué palabras —dijo el tiburón— será preciso agradecer la acogida tan amable que se me ha dispensado en esta casa. No la olvidaré fácilmente, lo aseguro, y muy pronto volveré para traer a estos niños algunos regalos. Creo que les agradará tener corales, caracoles y estrellas de mar.

Los monillos cambiaban miradas codiciosas, pensando en los tesoros que su amigo Tiburón les prometía.

Y éste, aprovechando la primera pausa que se hizo en la conversación, se alzó del escabel y anunció que se retiraba. No fueron pocas las muestras de pesar que dieron los monillos al ver que la visita había concluido ya; pero su amigo hizo formal promesa de volver muy pronto, y esto los consoló.

—Tu familia te honra —dijo al mono cuando empezaron a recorrer la ruta bordeada de árboles—. Los chiquillos están muy bien educados, y la madre sabe perfectamente dirigir el hogar. Te felicito por tantas satisfacciones como tienes. Las mías no son menores, si he de hablar con toda sinceridad. Mi mujer es también muy buena; sabe educar a la familia y cuidar convenientemente la casa y los intereses. Yo soy muy feliz. Y por esa circunstancia desearía







muchísimo que me visitases y conocieras a los míos. Habría fiesta en mi casa si mis hijos y mi esposa te vieses llegar. ¿No te animas a venir? Yo te llevaría en mi lomo, y te juro que ni una gota de agua te salpicaría.

Pero el mono, sólo de ver aquellas olas que iban a quebrarse en la orilla levantando montañas de espuma, sentía un terror indecible.

—No me atrevo, no —decía sonriendo medrosamente—. Un chapuzón en el agua lo resiste bien un renacuajo, pero yo podría morirme del susto. Francamente, no me atrevo.

Y los días pasaban, y el mono, siempre receloso, no se atrevía a cruzar el océano.

—Mira que te pierdes de hacer un hermoso viaje por el mar —decíale a menudo el tiburón—. Si me muero pronto, tendrías que renunciar a esa esperanza. Aprovechate ahora que estoy con vida y que me siento fuerte para transportarte hasta donde quieras. No desdén la ocasión; este es el momento. ¡Decidete ya! Despójate de esa cobardía que te hace poco honor y salta sobre mi lomo. ¡Ten confianza en mí!

El mono parecía reflexionar. Miraba al cielo, al agua, miraba a su amigo el tiburón...

—¡Vamos! —dijo éste con voz animosa—. ¡Decidete! Salta ya sobre mi y partamos. El viaje durará tan sólo un día. Por mi honor, que no te mojarás, créemelo. Ya ves que no puedo darte mayores seguridades.

Un día, el mono se decidió por fin; saltó sobre el lomo de su camarada, y éste, encantado de llevarle sobre sí, procuró nadar cuidadosamente para cumplir su promesa de que ni una sola gota de agua salpicase la sedosa piel de su amigo.

El viaje estuvo lleno de distracciones.

A menudo se encontraban con pequeñas islas llenas de flores. Veían grandes barcos de vapor o de vela que pasaban airoosamente, dejando tras de sí una huella profunda, orlada de espumas brillantes. Otras veces eran pequeñas barcas de pescadores que se detenían en el camino para echar las redes, o grandes ballenas que pasaban a distancia, arrojando por boca y narices altísimos surtidores de agua.

—¡Qué bonito es todo esto! —exclamó el mono—. A nuestro paso van apartándose millares de peces que yo nunca he visto antes de ahora. Todos juntos, al moverse, parecen llevar encima un arco iris.

Hablaban de este modo, cuando vieron una gran barca velera que casi se les echaba encima.

—Si no te trajera yo en el lomo —dijo el tiburón—, en este momento haría yo una violenta visita a las profundidades marinas pero no te alarmes, no bajaré ni un centímetro. Dirijámonos hacia la izquierda, y de este modo salvaremos perfectamente todo peligro.

Y virando con gran rapidez, el tiburón se alejó de la barca.

Lleno de emociones y de peripecias estuvo el viaje; mas cuando ya comenzaba a ponerse el sol, los dos amigos arribaron a la orilla opuesta.

—Verás qué ciudad tan hermosa —dijo el tiburón al mono—. Aquí todo el mundo se divierte. El sultán es un hombre piadoso que tiene misericordia para su pueblo. Nadie sufre opresiones e injusticias. El está a la guarda y a la mira de todos y el pueblo le ama como si fuese un idolo. Cada uno de nosotros daría por él su vida: a ese grado lo queremos y le respetamos.

Saltaron a tierra violentamente y el mono se hizo cargo al punto de la belleza de la ciudad. Tendió la vista a uno y otro lado y vió que las casas eran de ladrillos de colores, adornadas con ventanas ojivales y con torrecillas puntiagudas rematadas por veletas. Había edificios altísimos, y en el cielo, de un azul intenso, se destacaban cúpulas enormes, campanarios, remates artísticos, techos puntiagudos, figuras en bronce, esferas, pararrayos, macetones, barandillas, chimeneas, todo un mundo de cosas.

No cabía duda; la ciudad de Baltrac era una ciudad hermosísima capaz de competir con las mejores capitales del mundo.

—Aunque yo no he viajado mucho, comprendo que es muy elegante tu tierra y que puede competir con lo mejor —dijo el mono al tiburón mientras daba algunos saltos sobre la arena de la orilla para comenzar a desentumecer sus piernas.

—Ya ves que no te había yo engañado.

De pronto el sonido fúnebre de una campana y el clamor de una trompeta hirieron los oídos de nuestros amigos. Y momentos después, los hombres que tocaban los instrumentos se presentaron en la escena.

—¿Qué pasa? —preguntó el tiburón acercándose a la gente que le seguía.

—Es un bando —le respondieron.

—¿Y qué es lo que anuncia? —inquirió el tiburón alarmado y avanzando para no perder una sílaba.

—Anuncia que el sultán está gravísimo y que sólo podría curarse de sus males aplicándose en la espalda, bien machacado, el corazón de un mono.

Oír esto el tiburón y echar una codiciosa ojeada a su amigo fué todo una misma cosa. El mono estuvo a punto de dar un salto y arrojarse al agua; pero comprendiendo que con esto se perdía, procuró serenarse, y afectando la mayor tranquilidad, dijo al tiburón con voz reposada:

—Como comprendo tu adhesión y tu amor por el sultán, no tengo inconveniente alguno en ofrecerte mi corazón para que se lo lleves; de manera que, sin pérdida de momento, volvamos a la otra orilla para hacerte entrega de él...

—¡Cómo volvamos! ¿Qué estás diciendo? —exclamó el tiburón asombrado—. ¿A qué tenemos que ir allá cuando la cosa urge tanto?

—¿Pero no ves que yo he dejado allí mi corazón, colgado en un sitio que yo solo sé?

La torpe inteligencia del tiburón sólo tuvo fuerza para hacer brillar en los ojos del pez una profunda mirada de odio que dirigió a su amigo acompañada de estas palabras:

—¿Pero cómo has podido dejarlo, ahora que era tan necesario?

—Pues... ya lo ves, querido amigo —dijo el mono—. ¡Si yo hubiera podido adivinar que iba a ser hoy tan útil, me lo hubiera traído! Pero, en fin, no

perdamos más tiempo y partamos cuanto antes.

El tiburón, malhumorado, se arrojó de nuevo al mar y comenzó a surcarle a toda prisa.

—Si un brazo o mi cabeza pudieran sustituir esa entraña —decía frecuentemente el mono mientras cruzaban el océano—, podría tomarlos en seguida.

Pero el tiburón, siempre de mal talante, guardaba un profundo y colérico silencio.

Por momentos temía el monillo que la rabia sorda de su compañero le arrojase de improviso a las salobres ondas.

Mas el tiburón perseguía otros fines, al parecer más prácticos, y sólo se ocupaba en avanzar como un relámpago mientras maldecía en su interior la inoportunidad de aquel mono idiota que había dejado su corazón olvidado. Por fin la costa se divisó con claridad a la luz de la luna, y poco después el mono saltaba a tierra.

—¡De prisa, de prisa! —le dijo el tiburón con gran apresuramiento—. Ya es mucho el tiempo que se ha perdido. Vuela y regresa al instante. ¿No está muy lejos el sitio donde has dejado tu corazón?

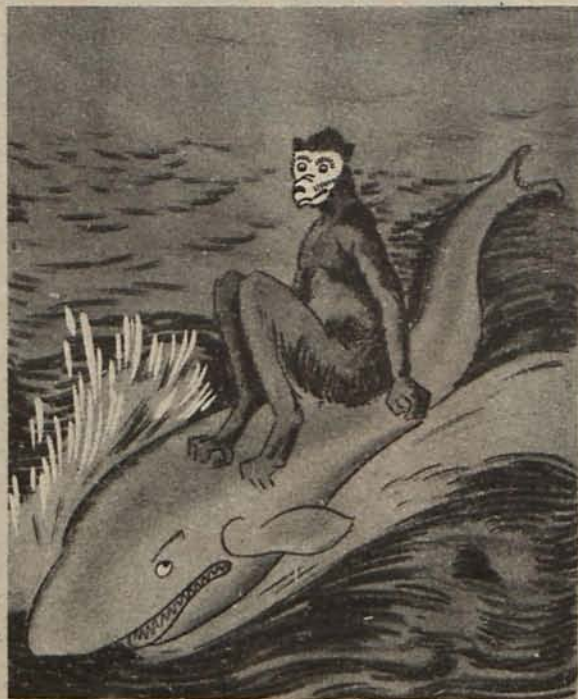
—No —replicó el mono muy contento—. Te juro que no está lejos.

Y señalándose el pecho con la mano, añadió lleno de satisfacción: —Su sitio es éste.

Luego, haciendo una profunda reverencia que dejó al tiburón atónito, huyó como un relámpago hacia el bosque.

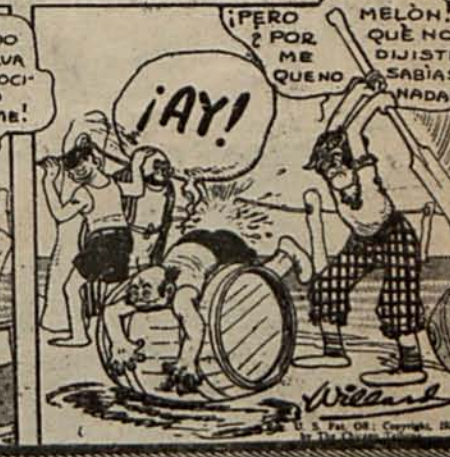
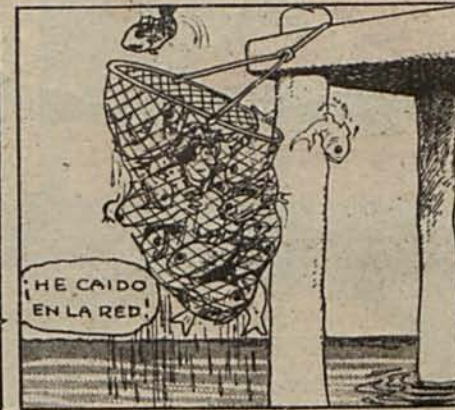
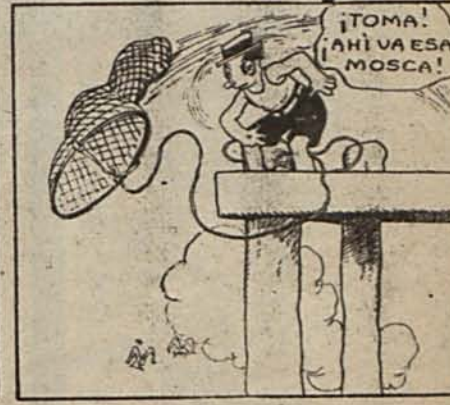
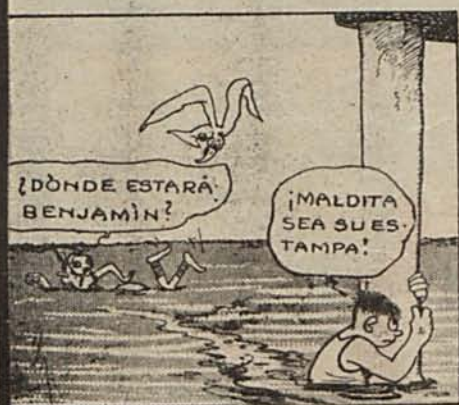
Ved cómo, a veces, el ingenio puede salvar la vida.

FIN





# POTIPÁN Y CAÑAMÓN







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



-LE DESAFIÓ  
A V. A JUGAR  
UN PARTIDO DE  
BILLAR

-BUENO; PERO  
CONSTE QUE EL  
QUE PIERDA, PAGA



-¡AH, CLARO!  
NO FALTABA  
MÁS! (YO  
NO TENGO  
UN CENTIMO,  
PERO NO ME  
HACE FALTA.  
ESTOY TAN  
SEGURO DE  
QUE LE GANÉ...!)

-DE OTRO MO  
DO, NO; POR-  
QUE YO ESTOY  
HARTO YA DE  
PAGAR SIEMPRE



-A CINCUEN-  
TA CARAM-  
BOLAS; VER-  
DAD, USTED?

-¡666! ESAS  
LAS HA GO YO  
DE UNA TACA-  
DA.



-YO TIRO PRIMERO.  
UNA... Y UNA, DOS.  
¿EH? ¿QUE TAL?  
AHORA LE TOCA A  
USTED.



-UNA, DOS, TRES,  
SEIS, DIEZ, QUIN-  
CE---



-VEINTE, TREINTA,  
CUARENTA, CUAREN-  
TA Y CINCO, CINCUEN-  
TA... ANDA, CURRIN-  
CHE, TOCA EL TIMBRE  
Y PAGA AL CA-  
MARERO



(¡QUÉ APURO,  
CIELO SANTO! PERO...  
TENGO UNA IDEA PA-  
RA IRME SIN QUE LO  
NOTE DON TURULA-  
TO. APAGO LA LUZ  
Y...)



-VAMOS, CURRIN-  
CHE, NO SEAS TONTO.  
ENCIENDE LA LUZ  
Y PAGA. TE VEO  
PERFECTAMENTE.

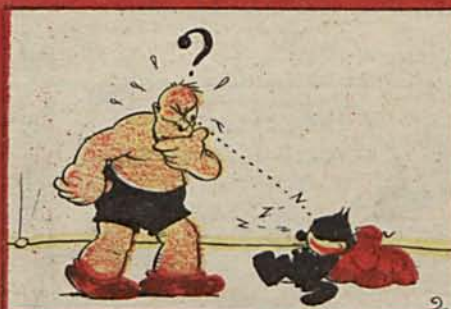


!!





# DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



## LAURA, LA COTORRA INDISCRETA







# COLORÍN Y SU PANDILLA

BRANNERS

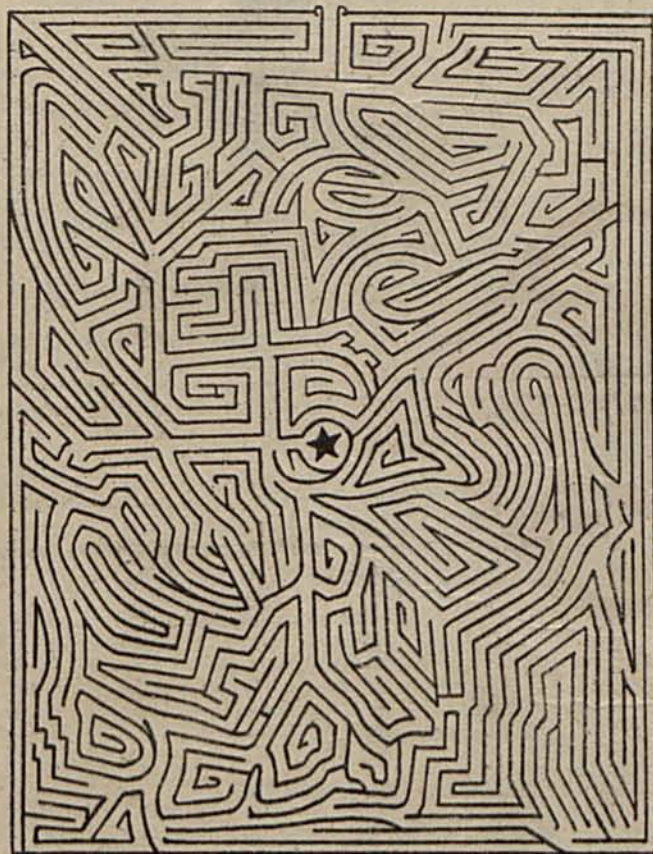




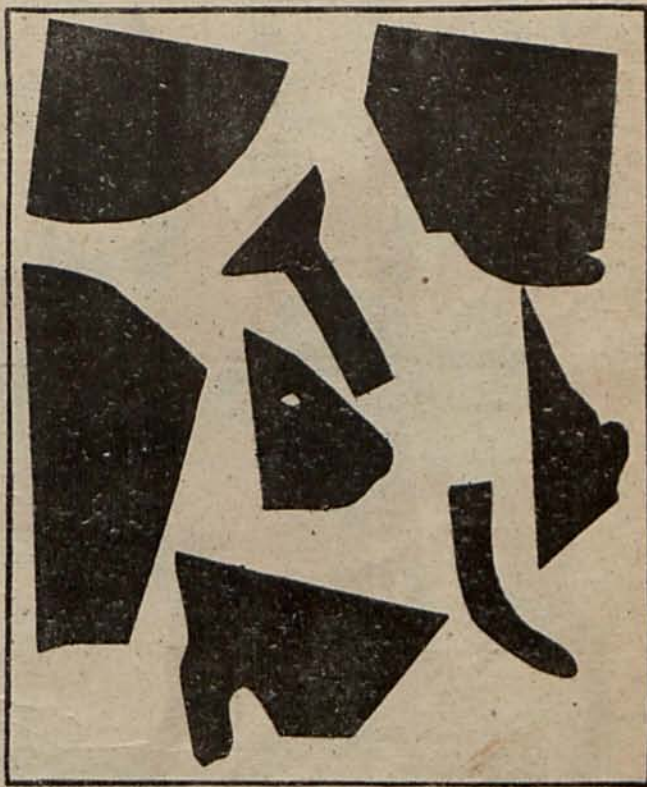
## EL CARNAVAL DE LOS ANIMALES



# LABERINTO



## ROMPECABEZAS



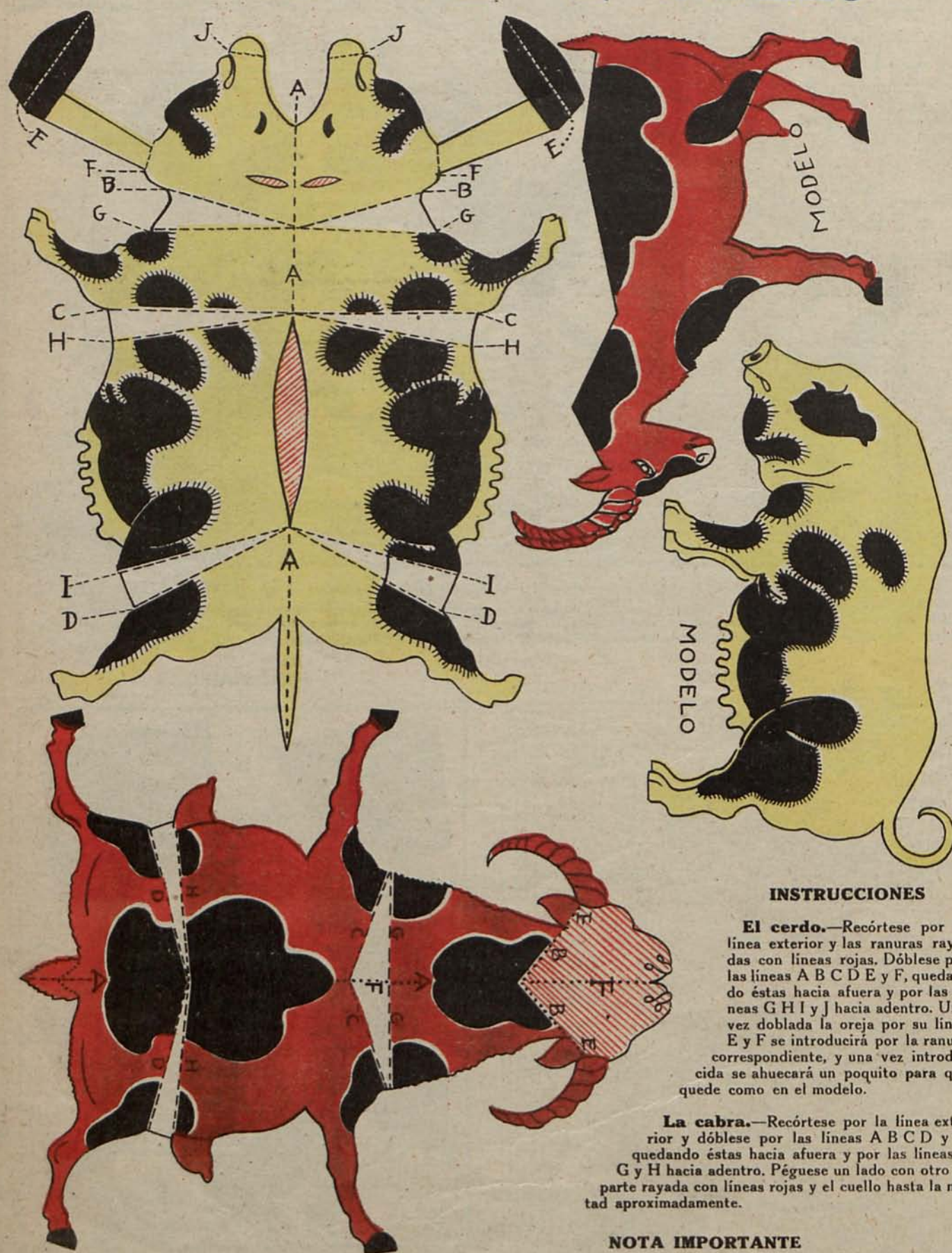
Lo mismo que os digo al pie del «Laberinto», os repito en este «Rompecabezas». También parece ser que os gustan esta clase de trabajos, y yo, siempre obediente a vuestros caprichos, os presento hoy este animalito para que lo reconstruyáis. Procurad pegar bien los bordes, pues son tantas las soluciones de estos trabajos, que me fiijo mucho en cómo vienen reconstruidos los trabajos para tenerlo en cuenta en la hora del reparto de los premios.



# SECCIÓN RECREATIVA



## FIGURAS RECORTABLES



### INSTRUCCIONES

**El cerdo.**—Recórtese por la línea exterior y las ranuras rayadas con líneas rojas. Dóblese por las líneas A B C D E y F, quedando éstas hacia afuera y por las líneas G H I y J hacia adentro. Una vez doblada la oreja por su línea E y F se introducirá por la ranura correspondiente, y una vez introducida se ahuecará un poquito para que quede como en el modelo.

**La cabra.**—Recórtese por la línea exterior y dóblese por las líneas A B C D y E, quedando éstas hacia afuera y por las líneas F G y H hacia adentro. Péguese un lado con otro la parte rayada con líneas rojas y el cuello hasta la mitad aproximadamente.

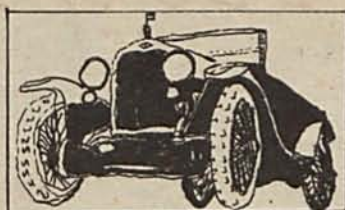
### NOTA IMPORTANTE

Con un trozo de papel, recortado y doblado convenientemente, según los modelos e instrucciones que os damos aquí, podréis construir estos preciosos muñecos.

Si no queréis recortar las figuras del periódico, para conservarlo entero, podéis calcarlas sobre un papel grueso o cartulina flexible, y así, además, aunque os equivoquéis alguna vez, podéis repetir hasta que acertéis a hacerlo bien. Una vez recortada y doblada la figura, la pintais como el modelo.



# COLABORACION PINOCHISTA



«Auto».  
LUIS RUIZ.  
Madrid.



—Oye, ¿a que no sabes cuál es el oficio más alegre?  
—Pues el de barrendero, porque siempre barriendo.  
PEPITO SÁNCHEZ.  
Siete años. Madrid.



Un Mathis.  
TOMÁS DE IBARRA.  
Nueve años. Sevilla.



La Loisa haciendo calceta.  
ELOISA MONTEJO.  
Seis años. Madrid.



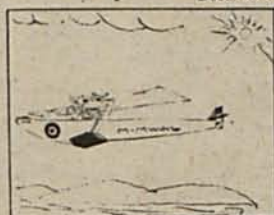
Un burro aprovechado.  
A. RUIZ.  
Doce años.



Un boxeador.  
FEDERICO GARCÍA.—Once años.



Currinche, cocinero.  
PILAR GALÁN.  
Diez años.



El Plus Ultra.  
FERNANDO CÁDIZ.



Zapatón.  
G. MITCHEL.

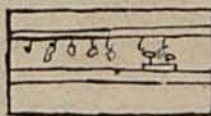


Currinche.  
ERNESTO VIGNOLO.  
Cuatro años. París.



—Oye, ¿habrá habitantes en la luna... de un espejo?

ANGEL MIGUEL.  
Nueve años. Gijón.



Juan el de los ojos saltones.  
JUAN QUIRÓS.  
Once años. Tarifa.



Dik, por  
F. CAMPO.  
Trece años. Ceceda.



Mi canon automóvil.  
GAERPAR DE TORRES.



Pinocho.  
VÍCTOR BRUGADA.  
Ocho años. Madrid.



Un futuro marino.  
MARGARITA MORA.  
Trece años. Vejer.

## Aventuras de un copo de algodón, contadas por él mismo.

### CAPÍTULO I

#### EL COPO

Nací en los Estados Unidos, donde viví siempre contento, hasta que un día vino a turbar mi paz una mano negra, que, sacándome de mi árbol, me metió en un cesto.

Me metieron en una choza y me destrozaron; me alargaban y alargaban, hasta que me convirtieron en hilos. Luego de muchas transformaciones, quedé convertido en una madeja. Fui en un cajón, con otras madejas, muy lejos. Y cuando abrieron el cajón, estaba en una tienda de sedas. Allí estuve mucho tiempo, y una vez una señora de edad me compró. Me dió vueltas y vueltas, me atravesaba con agujas y me convirtió en un precioso trajecito, destinado al nieto de dicha señora.

Un día, el día de los cumpleaños del nene, la abuelita me regaló. El niño se puso muy contento. Desde entonces, siempre iba con él, y estaba yo muy contento de mi suerte. Pero acabó por romperse el lindo traje de tal manera, que me tiraron a la basura.

El trapero me cogió, me llevó a una fábrica y allí...

### CAPÍTULO II

#### ¡PAPEL!

Me cogieron y me metieron en grandes máquinas, de las que salí convertido en papel.

Compró el papel un fabricante de globos de dichas materias e hizo de mí un soberbio globo. Yo esperaba, impaciente, que me lanzaran para remontarme sobre todo, subir más alto que nadie. Por fin (todo llega) me compraron para lanzarme: pusieronme una esponja con alcohol y la prendieron. Entonces, yo subía y subía. Estaba orgulloso de verme tan alto; pero el fuego que me elevaba me prendió y caí en la ventana de una buhardilla, donde un venerable anciano me apagó y me cogió; púsome sobre sus rodillas y escribió sobre mí unos versos que ¡más poeta alguno escribió. Después le dió un ataque de debilidad y cayó con gran ruido. Vino gente a auxiliarme. Un hombre muy sabio se fijó en mí y vió lo que valían los versos y protegí desde entonces al anciano poeta.

Yo, por mi parte, estoy contentísimo; me guardan en una vitrina y vienen a verme de todas las partes.

Aquí termina mi historia, que sería, poco más o menos, igual que la de todos mis hermanos si no fuera porque no todas las cuartillas van a parar a manos de un gran poeta.

FERNANDO BELLO.  
Trece años. Madrid.

## Disculpa infantil.

La madre de Rafaelín encargó a éste llevara la comida a su padre, que trabajaba en una obra cercana, y el niño se dispuso a seguir la orden.

—Mira —le dijo la mamá—, ve con cuidado, no tropieces y se te caiga la olla, que hoy va un guisado de carnero como para chuparse los dedos.

Rafaelín cogió la olla por las asas y emprendió el camino hacia el lugar en que trabajaba su padre; pero un delicioso tuflido que de la olla salía hizo perder la serenidad a nuestro pequeño, y se detuvo para ver si el citado guisado merecía la pena de llevarse a la boca.

Metió la mano y, ¡huy, aún estaba calentito! cogió un pedazo de carnero y se lo comió tranquilamente. ¡Vaya cosa rica! Rafaelito repitió, pues bien valía la pena, y, además, por dos trozos su padre no lo notaría.

...

Continuó su camino; pero, sin duda, el demonio se complacía en tentarle, y el pobre niño no era capaz de resistirle.

Se volvió a parar y volvió a comerse otro trozo y dos o tres patatitas. ¡Qué bueno estaba!

Seguía la marcha, dispuesto a no volver a abrir la olla; pero no pudo cumplir su palabra. ¡Maldito demonio!

Y luego, otra y otra vez; Rafaelito no dejó en la olla más que el caldo del guisado.

—¡Desgraciado de mí —exclamó cuando vió su obra—. Mi papá se va a quedar sin comer, y yo no sé qué excusa darle.

Cuando llegó a la obra, el niño corrió a besar a su padre y le entregó la olla de la comida.

—¿Cómo es esto? —exclamó al destaparla—. ¿Dónde están la carne y las patatas?

—¡Ay, papá mío! ¡La culpa de todo la tengo yo! Verás: fué al cruzar la calle; tropecé y caí rodando con la olla, deparramándose todo el guisado por el suelo, y no pude recoger más que el caldo.

F. GALIANA.  
Once años. Madrid.

## Cuento.

En una de las poblaciones más bonitas de Andalucía había una niña que se llamaba Rosita. Era muy buena y muy guapa, pero muy holgazana y desaplicada, cosa que María, su mamá, sentía mucho. Un día dijo a la niña que si no aprendía la lección se lo diría al papá Juan, que así se llamaba y no sabía el defecto de su hija. La niña no estudió; la mamá no dijo nada; pero tantas y tantas veces se repetía la escena, que María se decidió a decirlo. Sin duda la regañaría; pero ya iba a cumplir diez años y era preciso que estudiara.

El papá riñó a la niña y la dijo que para vivir hace falta saber y trabajar, que Dios dijo a Adán y Eva: «Comeréis el pan mientras lo ganéis».

Rosa fué muy aplicada.

CARMEN VALVERDE.  
Once años. Madrid



Por mar y por tierra.  
HOMERO MUIRRAQUI.  
Seis años. Guayaquil.



En medio del océano.  
PEDRO ALFARO.  
Once años. Burgos.



Don Turulato en domingo.  
JUAN A. PONTE.  
Siete años. Orense.



Pinocho, futbolista.  
JAIME M. JIMÉNEZ.



Chapete es un pirata.  
LUIS DONAT.



Mi mejor amigo.  
MARÍA CALLE.  
Once años. Madrid.

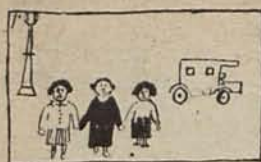


Un regular.  
OTILIA CRESPO.  
Cinco años. Madrid.



Mi casita en Biarritz.  
A. F. MEXAS.  
Orense.





Las amiguitas de Juan,  
con él se quieren burlar.



Y se van derechas a la plaza  
a comprar tres calabazas.



Y se pone Juan en la pared,  
y bien se guasean de él.



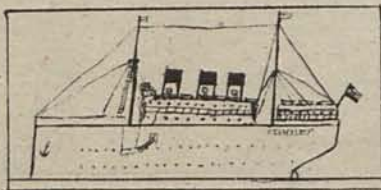
Y en la cabeza le han hecho de  
[chichones, ocho,  
porque no compra PINOCHO.  
BENITO FLORES.—Trece años.



Galiano, por S. AMA-  
TEUR.—Madrid.



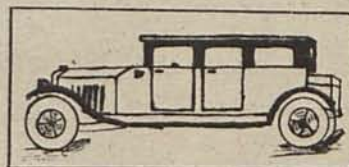
Franco.  
LORENZO LÓPEZ.



El Cap Polonio.



Una pobrecita.  
TERESA MARTÍN.  
Granada.



Un «Hispano».  
ALFREDO BASAS.  
Diez años. Baeza.



Mi hermana.  
LUISITA PAS-  
CUAL.  
7 años. Madrid.

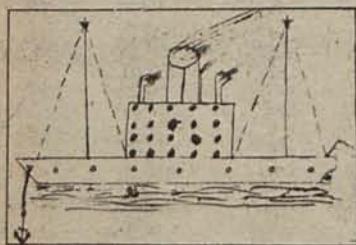
### Pinocho, salvador.

Pepito terminó brillantemente sus estudios, obteniendo las mejores notas, por lo que su padre decidió llevarle a hacer un viaje por los Picos de Europa.

Un día en que el padre de Pepito perseguía a un oso, el niño se quedó rezagado y no tardó mucho en verse separado de su padre y perdido entre la maleza y expuesto a ser atacado por las mil alimañas que había en aquel paraje. Al darse cuenta de la desaparición de su hijo, aquel pobre padre se desesperó de tal modo, que corría de un sitio a otro sin saber lo que hacía. Pasaba el tiempo y no había modo de dar con el paradero del niño. Por fin, y cuando más desesperado estaba, descubrió alla en la lejanía al perdido niño. Pero al contemplarle no pudo menos de horrorizarse; mas a pesar de ello, corrió con gran velocidad hacia el sitio donde aquél se hallaba. Pepito leía con gran atención un periódico, y a su alrededor varios osos le contemplaban como embobados de aquella misma lectura. Acercóse con la mayor cautela y pudo ver que el periódico que leía en voz alta era un número de PINOCHO.

Con gran rapidez, y sin que aquéllos pudieran darse cuenta, de repente se abalanzó sobre el niño, y cogiéndolo en sus brazos huyó del peligro, dirigiéndose a PINOCHO, que fué el que verdaderamente salvó a su hijo, pues su amena lectura amansó los fieros instintos de los temibles osos.

DOLORES SALGADO.  
Catorce años. Madrid.



Un barco.  
JOSÉ LUIS MERA.  
Larache.



El gato travieso.  
RAMÓN G. EUCUK.  
Doce años. Arrazola.



Mi «autos».  
TERESA PÉREZ.  
Diez años. Madrid.



Mi hermana y mi tía en Fuencarral.  
ENRIQUE RAMOS.  
Siete años. Colunga.

### Cuento.

Aquel día estaba Mari-Luz arreglando su casita de muñecas, y estaba muy contenta porque su mamá le había dejado, para que la pusiera en su casita, una vajilla de porcelana japonesa, que era una monada; y la estaba limpiando con sus mayores cuidados, cuando, ¡paf!, el balón de su hermano abrió la puerta de la habitación de par en par y fué a parar al mimado juguete, que cayó hecho pedacitos por el suelo. La pobre Mari-Luz se echó a llorar al ver su juguete roto, y mientras ella lloraba oía la voz alegre de su hermano Santiago: «¡goall! ¡goall!» Mari-Luz fué a consolar con su muñeca; era una muñeca muy bonita, lo mismo que la que Pinocho nos va a regalar. Cuando estaba con la muñeca llegó su hermano y le dijo que la muñeca se iba a morir aquella noche, y que si no se moría la mataría él. Mari-Luz, que era muy calladita y además no tenía nada más que cinco años, no dijo nada, y se quedó mirando a su muñeca como quien mira una cosa que no volverá a ver.

Cuando llegó la hora de acostar (que se acostaba muy tempranito) se acostó. Pero no se dormía pensando si sería verdad lo que su hermano le había dicho por la tarde. Y aprovechando que llegó doña Fe (una amiga de su mamá) con su niño Luis de visita, y su mamá tuvo que ir a recibirla, se levantó Mari-Luz y se fué a la habitación en que estaban los juguetes para ver a la muñeca. Cuando llegó oyó que Santiago y Luis se escondían, y al entrar vio a su muñeca tendida en el suelo, adornada con flores y seis velas alrededor. En seguida que la vio se acordó de lo que su hermano la había dicho y se echó a llorar por su muñeca muerta.

Cuando oyó doña Fe que estaba Mari-Luz levantada, dijo que la quería ver, y la llamaron. Pero Mari-Luz dijo a la niñera que, habiéndose muerto su niña, ella no salía sin luto, y la niñera la puso el uniforme del colegio, que era negro, y salió. Santiago y Luis aguantaron la risa; la dijeron que si quería que fueran a avisar a la funeraria para que se encargara del entierro, y cuando terminaron de decirlo ya no pudieron más y se echaron a reír; y entonces descubrieron que habían sido los niños los inventores de la muerte de la muñeca.

Fueron donde la muñeca estaba; la cogió Luis de la mano, y abrió los ojos, echó a andar y empezó a hablar. Cuando vio Mari-Luz que su muñeca estaba igual que antes, empezó a abrazar a su hermano, diciendo que había sido él el que la había resucitado.

ASCENSIÓN SÁNCHEZ.  
Doce años. Sonseca.



Un guerrero.  
CECILIA BENÍTEZ.



Pilar.  
P. GURY.  
Doce años.  
San Sebastián.



Subida al Guadarrama.  
ANGEL GARCÍA.  
11 años. Carabanchel.



Un torero.  
LUIS SANCHO.  
7 años. Teruel.



Un amigo de Pinocho.  
LUIS P. GUILLOT.  
Catorce años. Madrid.



Pirula.  
CARMEN CU-  
YÁS.  
Once años.  
Barcelona.



Un retrato.  
FÉLIX DÍEZ.  
Once años. Madrid.



En familia.  
MIGUEL ALMIÑANA.  
Trece años. Madrid.



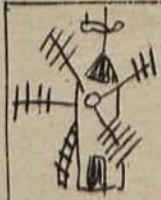
Mi amiga.  
MANUEL LÓPEZ GIL.



De la compra.  
MARÍA ALONSO.  
Once años. Madrid.



Dos estudiantes.  
DOSITO F. DÍAZ.  
Lugo.



Molino.  
J. ALCÚZAR.  
La Roda.





# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Parece que hoy estás muy contento, querido Chonón; se te nota en la cara.

—Ya sabes, amigo buho, que mis alegrías y mis tristezas las llevo siempre en la cara, y hoy es día de satisfacción para mí. ¡Me han regalado una estupenda cámara fotográfica!

—¿Qué suerte tienes, Chonón!

—Es una maquinilla linda, y tan pequeña, que la puedo llevar en un bolsillo sin ninguna molestia. ¡Qué envidia les va a dar a Tin y Ton, cuando la vean!

—¿Y a Don Turulato!

—¿Y a Currinche!

—Pues, ¿y a Chapetete?

—A Chapete no pienso enseñársela, porque a lo mejor, es tanta su envidia, que es capaz de rompérmela.

—Harás muy bien en no dejar que la vea. Y dime ahora, afortunado Chononcito, ¿tú sabes hacer fotografías?

—No las he hecho nunca, y por eso quiero, amigo buho, que tú, que eres mi sabio maestro en todo, me expliques cómo y por qué se obtienen las imágenes fotográficas. Me interesa mucho saber todo lo que ocurre dentro de una cámara fotográfica.

—¿Me harás un retrato si te lo explico?

—Te haré todos los retratos que tú quieras.

—Pues escucha. Del mismo modo que tú ves con los ojos todas las cosas que están iluminadas, así la máquina fotográfica, a través de su ojo u objetivo de cristal, lo ve todo.

—Entonces, el ojo humano, ¿es una cámara oscura?

—Es la más perfecta de todas las cámaras oscuras. En los aparatos fotográficos, las imágenes penetran por el objetivo y se proyectan invertidas en una placa o película colocada en el fondo de la cámara.

—¿Y cómo esas imágenes se quedan impresionadas en la placa?

—Es muy sencillo. Hay productos químicos, como las sales de plata, que a la acción de la luz se descomponen. Es decir, que estas sales, al recibir un rayo luminoso, se ennegrecen. Comprenderás, que si sobre la superficie de un cristal extendemos una capa de estas sales, tendremos dispuesta una placa fotográfica.

—Esa capa es lo que se llama gelatina, ¿verdad?

—Exactamente; y en todos los puntos donde toque la luz se des-

compondrá la sal de plata, y tanto más intensa será esta descomposición cuanto más viva sea la luz.

—Habrá que tener mucho cuidado de guardar las placas en sitio muy oscuro, ¿verdad?

—Desde luego. Aunque te advierto, curioso Chonón, que hay luces, como la roja, que no impresionan la placa.

—¿Y cómo es que yo he visto muchas placas a plena luz?

—Porque esas placas que tú has visto estaban impresionadas y reveladas.

—¿Dirás que soy torpe si te digo que no sé qué es eso de revelar?

—Yo no puedo decir eso de ti, que comprendes en seguida todo lo que te explico. Nadie nace sabiendo, querido Chonón, ni nadie sabría nada si los maestros, los libros o la misma experiencia de la vida, no nos enseñasen.

—Y a ti, ¿quién te ha enseñado tanto?

—El primer buho que hubo en el mundo, estudió mucho, aprendió mucho y acabó siendo un sabio. Los demás buhos no hemos hecho sino heredar de él el dón de la sabiduría.

—¿Qué suerte tenéis los buhos!

—Bueno; no dejemos el tema de la conversación, si quieres saber qué es revelar. La acción del revelado, consiste en impedir que la luz pueda volver a descomponer el preparado de la gelatina. Esto se obtiene sumergiendo la placa en un baño, que se llama revelador.

—¿Has comprendido?

—Perfectamente bien.

—Esta placa, ya revelada, es lo que se llama una *negativa*. Si ahora hacemos que los rayos, a través de la placa, impresionen un papel; también sensibilizado, obtendremos la prueba *positiva*.

—Creo, amigo buho, que voy a ser un fotógrafo estupendo.

—No olvides que me debes un retrato.

—Ahora mismo voy a casa a cargar la máquina. Mientras vuelvo, véte a avisar a Pinocho, a Pirula, a Anita, a Currinche, a Don Turulato, a Colorín y a su pandilla a Tin y a Ton; en fin, a todos, a todos..., ¡menos a Chapete! ¡Quiero hacerlos un grupo!

—Voy corriendo, ¿y dónde nos retratarás?

—En el Retiro, que hay muy buena luz, ¿no te parece?

—Me parece muy bien; hasta luego, amigo Chonón.

—Hasta luego, querido buho.

## CORRESPONDENCIA

**Angelito Lafuente.**—Ya le ha llegado el turno a tu precioso dibujo. En uno de estos números lo verás publicado. Tú no sabes qué alegría he experimentado al saber que puedo contar con ese lindo hotelito que tú me regalas. ¡Gracias, simpático Angelito! Ten por seguro que yo, Pinocho, haré todo, todo lo posible por ir este próximo verano a Zumaya a inaugurar ese hotelito y pasar contigo y con Mari-Trini, Mari-Carmen, Pepito, Justito y demás simpáticos pinochistas, unos días; unos días nada más porque tengo que complacer a otros queridos pinochistas que también me esperarán. Abrazos de Pirula, Currinche, Colorín, etc., etc.

**E. D. Barilatti.**—No quiero, de ningún modo, que te enojas conmigo. Pirula y yo nos sentimos orgullosos de tener una amiguita tan lista y tan buena. Desecha tu enojo. Pinocho te asegura que ni a ti ni a ningún pinochista os echa en olvido. Lo que ocurre es que ¡solo tantos...! y todos tan merecedores de mis atenciones...! ¡Tú, tan inteligente, te darás cuenta...! Me brindas tu valiosa colaboración, que yo gustosísimo acepto. Sólo espero que, por tu parte, te fijas en las condiciones exigibles a todo colaborador. En cualquier número de mi Revista las puedes leer. Todos, desde Pirula hasta la pandilla de Colorín, esperamos con ansiedad tus trabajos, con su cupón correspondiente y el número de tu recibo de suscripción.

**Jesús Capella.**—Queridísimo Jesú: Comprendo que estés impacientísimo, pero quiero que te des cuenta de que yo no tengo culpa alguna. ¿Cómo se te ocurrió enviar trabajos cuando yo no podía admitirlos por el exceso de original a que tenía que dar salida? Hoy ya puedes enviar lo que quieras, siendo, claro está, suscriptor y acompañando a tu colaboración el cupón correspondiente. Un fuerte apretón de manos de D. Turulato, Morronguís y Colorín.

**Julían Orden.**—¿Cuanto siento, queridísimo Julián, no haber podido publicar tus trabajos con la oportunidad que tú deseabas! Cuando los recibí era

precisamente en época en que no podía admitir colaboración. ¿No lo leíste en mi Revista? Pero todo tiene arreglo, siendo suscriptor. Rehaces tu cuento y tus chistes y me los envías con su cupón. Fíjate bien que digo «si eres suscriptor» lo cual quiere decir que si no lo eres, no debes tardar ni un momento más en suscribirte. Así lo esperamos Pinocho, Currinche, Cañamón, Morronguís y Tin y Ton.

**Carmen Ramos.**—¿Cómo dudas que me gusten tus dibujos si son lindísimos? Tanto éstos, como el Pinocho que has dibujado en la misma carta, me encantan, pero... lee lo que digo a los dos anteriores pinochistas y lo comprenderás todo. Pirula me encarga te diga que agradece con toda su alma los efusivos abrazos que le envías. Te los devuelve muy apretados.

**Orlando Pujol.**—Tu dibujo es originalísimo y está magníficamente hecho. ¡Lástima que por las razones que expongo a los anteriores pinochistas no haya podido publicarlo! Además, hay otra razón más, que yo deseo tengas muy en cuenta para otros envíos. Estaba hecho con lápiz y no puede reproducirse. Tú, que eres tan estupendo dibujante, debes tener necesariamente, imprescindiblemente, un frasco de tinta china en tu mesa de trabajo. Te abraza, Pinocho.

**Luz de la Peña.**—Gracias, muchas gracias, millones de gracias, amable Luz, por tu generosa invitación a que vaya a invernar a tu casita de Málaga. ¡Quién pudiera hacerlo! Al lado tuyo, que a juzgar por la dulzura de tu carta, debes de ser encantadora, y en el perfumado ambiente de Málaga, mil veces bella, pasaría un invierno ideal. ¡Pero no puedo, deliciosa pinochista! ¿Qué iba a ser de mi palacio y de mis amigos Colorín, Currinche, Cañamón, Anita, Morronguís, etc., etc., si venía Chapete durante mi ausencia? ¡No puedo, no puedo...! ¡y no sabes cuánto lo siento...! Las soluciones de que me hablas puedes enviármelas en cualquiera de las dos formas que me propones. Abrazos de todos y besos de Pirula.

# VALE

PARA HACER UN PEDIDO DE LIBROS A LA EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., VALENCIA, NÚM. 28, MADRID, CON REBAJA DEL

# 25%

Caduca el 31 Dicie. 1927.

Este VALE sólo sirve para UN pedido hecho directamente a la Editorial "Saturnino Calleja", de Madrid; por tanto, no tiene valor alguno presentándolo en una librería. Se pueden comprar libros elegidos entre todos los publicados por la Editorial "Saturnino Calleja", sin limitación de precio ni de cantidad, pero pidiendo sólo un ejemplar de cada uno. Cada suscriptor podrá hacer uso de estos vales sólo tres veces cada año.

NOMBRE DEL SUSCRITOR QUE UTILIZA EL VALE: D.

calle de ..... núm. .... Población ..... Provincia .....

Algunos suscriptores no han recibido los VALES a que les da derecho su suscripción para hacer pedidos de libros a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., con importantes rebajas. Otros nos dicen que se les han perdido. Otros, que ya utilizaron aquellos vales y quieren otro. Para que todos queden complacidos, publicamos hoy, y publicaremos algunas veces más, este VALE. TODOS LOS SUSCRITORES podrán utilizarlo; y SÓLO LOS SUSCRITORES.





Don Quintín.  
MODESTO ARANDA.  
Zaragoza.



Colorín.  
JUANITO RODRÍGUEZ.  
Bilbao.

## LAS OBLIGACIONES DEL BUEN PINOCHISTA

(No se incluyen en ellas las que corresponden no sólo a los buenos Pinochistas, sino a todos los hombres buenos.)

- 1.ª Leer **PINOCHO** cada semana (si todas nuestras obligaciones fueran tan divertidas..., ¿verdad?)
- 2.ª A ser posible, suscribirse a la revista del héroe de madera.
- 3.ª Procurar que **Pinocho** y su revista sean conocidos, protegidos y reverenciados en todas partes.
- 4.ª Tener siempre completa la **Serie Pinocho contra Chapete** (porque no tenerla sería una tontería, con lo preciosos que son todos los tomos), y reunir la mayor cantidad posible de **Cuentos de Calleja**.
- 5.ª Usar en su correspondencia epistolar el **Papel de cartas Pinochista**, que es estupendo.
- 6.ª Si le toca un premio en los sorteos de regalo y en los concursos de **PINOCHO**, decírselo a todos sus amigos para que vean qué premios regala y sortea entre sus suscritores este semanario inmortal, colosal y sin igual.



Pinocho, futbolista.  
CARMEN RAMOS.  
Málaga.



Morronguis.  
ALFONSO RUIZ.  
Madrid.

De la magnífica y divertidísima **SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE**.

## PINOCHO BATE A CHAPETE

**Precio: 1,50**

Lo remite a toda España y América la **Editorial «Saturnino Calleja», S. A., Apartado 447, Madrid, a quien lo pida acompañando su importe.**



La **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**, remite a todas las Repúblicas hispanoamericanas sus publicaciones a los mismos precios anunciados para España y sin recargo alguno de ninguna clase. Aun tratándose de pedidos muy pequeños es fácil remitir el importe, ya sea por cheque obtenido en cualquier Banco, ya por Giro Postal en las Repúblicas que tienen establecido este servicio con España, y que son las siguientes: Argentina, Bolivia, Costa Rica, Cuba, Chile, Honduras, Salvador, Uruguay.

## TAPAS PARA ENCUADERNAR «PINOCHO»



TOMO I.—Febrero-Julio, 1925.  
TOMO II.—Agosto-Dbre., 1925.  
TOMO III.—Enero-Junio, 1926.  
TOMO IV.—Julio-Dbre., 1926.

**Precio de las tapas de cada tomo, 5 pesetas.**  
**Para los suscritores, 3 ptas.**



La **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.** remite **GRATIS** el **Catálogo de todos los CUENTOS DE CALLEJA** a quien se lo pida.

## REGALOS CONCEDIDOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

### REGALOS GENERALES

- 1.ª Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores, 60 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).**
  - 2.ª Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios, en los que sólo toman parte los suscritores. **(Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).**
  - 3.ª Derecho a que se publique su retrato en **PINOCHO**. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
  - 4.ª Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Sólo pueden tomar parte en estos concursos los suscritores.
  - 5.ª Derecho a la **Colaboración Pinochista**. Sólo los suscritores pueden enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en **PINOCHO**.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

### REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como

los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

### Si la suscripción es por un año (20 pesetas)

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie **PINOCHO CONTRA CHAPETE**.
- 2.º Un **Cupón-regalo**. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 3.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros directamente a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**, sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 30 por 100.**
- 4.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Para los suscritores, 3 pesetas.)

### Si la suscripción es por un semestre (10 pesetas)

- 1.º Un tomo **gratis** de la serie **PINOCHO CONTRA CHAPETE**.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**, sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**
- 3.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas.)

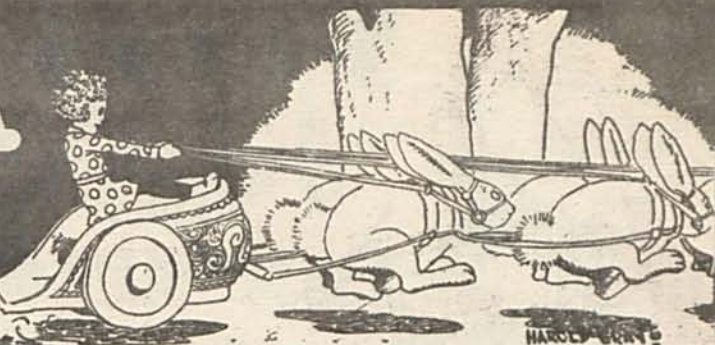
### Si la suscripción es por un trimestre (5 pesetas)

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la **EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.**, sin limitación de cantidad y **con una rebaja del 25 por 100.**
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar **PINOCHO**. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas.)

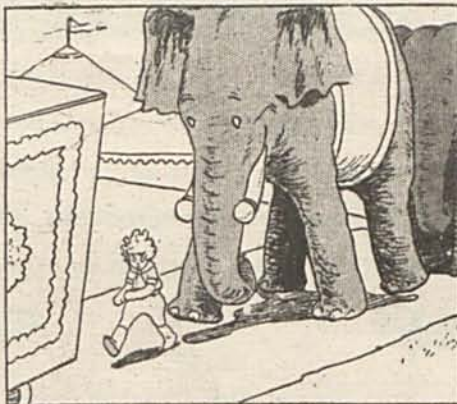


# ANITA

## BUEN-CORAZON



HAROLD GARY







# SECCIÓN PIRULA

## PIRULA, REPOSTERA

*Pastas Clarita.*

Se baten mucho y fuertemente dos claras de huevo a punto de nieve, se les añaden cuatro cucharadas de azúcar y el zumo de un limón, se bate todo junto, luego se vierte esta preparación sobre un papel untado de aceite formando montoncitos del tamaño de media nuez; ha de dejarse entre cada montoncito un espacio suficiente para que luego, al extenderse, no se junten unos con otros. Se mete en el horno, no muy caliente, y se deja cocer unos quince a veinte minutos. Estas pastas se conservan bastante tiempo en cajas de hojalata.

Las llamo «Pastas Clarita», primero, porque, como veis, son a base de clara de huevo, y, además, porque constituyen una golosina de la especial predilección de una gran amiga mía llamada Clarita. Aprovecho esta ocasión para presentárosla, pues es fácil que no tarde en hablaros de ella en alguna charla.

### *Un acerico.*

Este objeto que aquí ves es tres cosas a la vez.

¿Que es malo mi verso? Lo confieso; pero tiene el mérito de decir una gran verdad. En efecto, hoy os presento en un solo objeto un sombrero, una casa y un acerico.

Es decir..., como casa y como sombrero deja bastante que desear. ¡Aviados estaríamos como no tuviéramos otra cosa que ponernos sobre la cabeza ni otro

local donde vivir! En cambio, para acerico tiene todas las de la ley: es original, práctico y fácil de hacer.

El acerico propiamente dicho —o sea la copa del sombrero y techo de la casita— tiene una forma redonda y puede hacerse con un trozo de terciopelo, de fieltro o de seda de color oscuro, dividido en sectores como los balones de piel que tanto nos divierten.

Se rodea la base del acerico con una franja de cinta o de cartón cubierto de tela color ocre, en la cual se reproducen, pintados o bordados, los motivos que aparecen en el grabado y que simulan ventanas, arbolitos,

una puerta, la fachada, en fin, de una casita rústica.

Por último, se pega el acerico sobre un redondel de cartón pintado de verde, sobre el cual se pintan unas manchitas en tono fuerte, rojo o amarillo, que figuran ser florecillas silvestres.

## CONSEJOS DE PIRULA

*Quemaduras.*—  
«Gato goloso se

quema el hocico», dice el refrán. Y «niño goloso se quema la lengüecita», añado yo. En tal caso no debe nunca beberse agua fría inmediatamente. El alivio es ilusorio, y el único resultado real consiste en estropear la dentadura.

Lo único inofensivo y eficaz es comer un poco de pan.

«Niño travieso se quema la mano», puede decirse también.

Contra las quemaduras, el remedio infalible, soberano, es untar un poco de aceite; nada más.

